



*Mathilda*

Mary Shelley

© Traducción y prólogo de María Mazzocchi

ISBN: 978-631-00-8893-8

Primera edición

Buenos Aires, 2025

Imagen de cubierta: Marla Zakai

Diseño de portada: Luana Sánchez

Colección Narrativa

Editorial Mar de Fondo

mardefondoediciones@gmail.com

Mary Shelley

MATHILDA



mar de fondo



MATHILDA



## UNA ELEGÍA EN FORMA DE CARTA

*María Mazzocchi*

*Exijo que me diga esa terrible palabra,  
aunque se convierta en un rayo  
que me destruya, ¡dígamela!*

MATHILDA

Con frecuencia hemos leído a grandes maestros de la literatura referirse a la distancia emocional frente a los hechos con la que debe escribirse. No es prudente hacerlo desde la emoción, advierten; es necesario dejar pasar tiempo antes de abordar un suceso doloroso para regular el tono y la voz narrativa. Sin embargo ¿se puede erigir una obra a partir de la pérdida? La respuesta pareciera ser sí, pero tiene sus riesgos. Uno de ellos es la cursilería, la casi ineludible retórica del dolor que no esconde nada, sino por el contrario, expone su devastación como si escribir fuera a cauterizar la llaga abierta.

Para Mary Shelley el tiempo apremia. Los años pasan volando y la muerte sobreviene en serie. Entonces, apurarse. Lo dijo Percy, su infortunado marido, cuando Mary se recluyó a escribir *Mathilda* «al borde de la desesperación» tras la muerte en Venecia de Clara, su hija de un año de edad. El libro relata la historia de una mujer que, desde su lecho de muerte, confiesa su tragedia: el amor incestuoso de su padre. Escrita en forma de una larga carta dirigida a su amigo Woodville, la protagonista revela el secreto de su retiro en un páramo desolado rodeado por montañas. ¿Será el encuentro temprano de Mary Shelley con la muerte, al fallecer su

madre tras haberla parido lo que le permite acceder a tales honduras?

Imaginemos su infancia a partir de su biografía. La niña se sumerge en la biblioteca paterna, deambula por los pasillos de su casa, escucha bajo la mesa las conversaciones de los adultos con el pelo impregnado a tabaco. A veces, imagina que, en lugar de una criada, su madre, la escritora y activista, la mujer que no conoció, la conduce a su habitación. Al cerrar los ojos rememora algún anécdota intrascendente relatado por su padre y que, de tanto repetir, transformó en recuerdo. No piensa en su madre acostada, después de haberla parido, con la mirada vidriosa sobre su hija siendo amantada por una nodriza, sopesando la decisión de haberla tenido en casa, asistida por una matrona en lugar de un médico obstetra porque, lo sabe, su ensayo vindicativo de los derechos de la mujer lo dice claramente, al denunciar el trato inhumano al que se ven sometidas las parturientas, mientras ahora dos cachorros de perro provistos por un criado cuelgan de los senos de la nodriza para estimular la producción de leche que alimentará a su hija cuando despierte. La niña no conoce esa parte de la historia, por lo tanto, tampoco piensa en la placenta todavía retenida en el cuerpo de su madre que se descompone a medida que pasan los días, hasta que no le queda más remedio que dar el consentimiento a su marido para que corra *¡corra!* a buscar un médico de urgencia que, como la mayoría de los médicos, se resiste a seguir el nuevo protocolo impuesto por el hospital a partir de las investigaciones de un tal Ignaz Semmelweis, que señalan como principal factor preventivo de infección puerperal el lavado de manos, pero, como decía, el médico que acude a casa de los Shelley es uno de los muchos que descreen estas teorías (ignorando que un siglo más tarde, la historia reconocerá a Semmelweis como «el salvador de madres» y cada 15 de octubre se celebrará el Día Mundial del Lavado de Manos),

por lo que procederá a extraerle la placenta con sus propias manos sin haberlas restregado antes con un poco de agua y jabón, ocasionando la muerte de otra mujer dentro de las millones de mujeres muertas en el mundo por infección septicémica.

Su padre omite esta parte de la historia. La pequeña Mary deberá forjar las convicciones que preparan a las personas para cruzar el umbral que divide la sala de incubación con el mundo exterior. «A medida que fui creciendo mi libertad se expandió a la par de mis deseos, y mis vagabundeos me llevaron fuera de los límites de estas tierras, hacia la campiña del país vecino». Salir de paseo, internarse en el bosque a recorrer las esquirlas del pensamiento, ascender un monte rocoso, contemplar cómo cae el agua proveniente de la cima y se abre paso entre laderas cubiertas de abetos. La recolección de momentos acumulados en los recodos de un bosque umbrío, será, a la vez, método de escritura y de duelo. Las moradas del pasado son imperecederas, asevera Gaston Bachelard. Tanto al personaje como a su demiurgo, Mathilda y Mary Shelley, les basta haber sido niñas una sola vez para comprobarlo. Si la adultez es una zona de desvíos, la escritura es la ruta de regreso, un refugio donde lamer la herida. Cuando vida y muerte se superponen, las palabras se convierten en invocaciones.

Por más que huya hacia destinos errantes, la mujer que se incubaba hasta los dieciséis en un ambiente dominado por la naturaleza, la soledad y la intelectualidad de su época, nunca dejará de regresar a orillas del lago rodeado de montañas. Ah, eso sí: cultivará el nomadismo, publicará *Frankenstein* (1818), nacerán cuatro hijos, morirán tres, escribirá *Mathilda* (1819), se ahogará su marido al hundirse su velero durante una tormenta en la Bahía de la Spezia, se establecerá en Inglaterra, se dedicará al cuidado del único hijo sobreviviente, a la labor de albacea de la obra de su marido y a su carrera como escritora.

Por mucho que los críticos hayan tomado esta novela como la narración de su vida debido a la cantidad de coincidencias entre la protagonista y su autora —huérfana de madre, tríada de personajes: William Godwin, Mary Wollstonecraft y Percy Shelley encarnado por el amigo Woodville— y, sobre todo, el hecho de que se hubiera perdido por casi un siglo y medio a causa de su padre, quien, en lugar de revisarla, la desapareció después de que su hija se la hubo enviado, la novela no debe leerse en clave autobiográfica. Como curtida artesana de palabras, Mary Shelley selecciona las herramientas que aprendió a emplear a lo largo de sus lecturas para crear la intriga, exaltar las pasiones y detonar el drama. *Mathilda* propone algo realmente impensado para la época. La mujer que, una vez deshechas sus esperanzas, se recluye sola en un páramo; la heredera de una inmensa fortuna que burla el sistema de vigilancia impuesto a las jóvenes en edad de casarse simula suicidio para zarpar en el primer barco que la lleve a tierras lejanas.

Habiendo comenzado a escribirse en agosto de 1819, Mary Shelley no solo se adelanta a Henry David Thoreau, sino que llega todavía más lejos: decide sortear los peligros a los que se ven enfrentadas las mujeres por ser mujeres. Un hombre se retira solo al bosque y sobrevive. ¿Correrá la misma suerte si se trata de una mujer? Uno de los grandes aciertos de este libro es la noción de mujer que no busca protección en el regazo de su fiel y principesco amigo; tampoco se enclaustra en un convento para consagrar su vida a Dios. Que su necesidad sea de silencio, soledad y libros, es un acontecimiento literario que merece reconocimiento porque contribuye a desplazar a la mujer del tropo madre o santa o puta o cualquier rol secundario cuando la alternativa es ninguna de las anteriores, y abrir un espacio para liberarla. Establecerse en una cabaña cercada por montañas, a millas de distancia del pueblo vecino, para hallar consuelo a sus padecimientos.

Una noche de 1810, Mathilda se tiende a descansar en el claro de un bosque. Perdida y exhausta de vagar sin encontrar la menor pista de dónde está, se abandona al sueño, a merced de los peligros y las criaturas que habitan la noche. Está convencida de que nada malo le sucederá. Con el codo derecho a la altura de la sien, el cabello desordenado cubriéndole la espalda y otro brazo plegado al pecho, abre la puerta al milagro. Todo pasa rapidísimo, incluso más rápido que la enceguecedora visión de la esfera tornasolada del también idealista Borges. «¿Cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca?», pregunta el alter ego del autor del cuento, antes de arrojarle con valentía borgiana a la pormenorización de imágenes que pasaron por sus ojos.

El encuentro de la protagonista con lo sublime es, aunque discreto, decididor: «El aire aquietaba los sentidos, pero también encendía mi alma, que pasaba de una imagen a otra, como si quisiera abarcar la eternidad. Todo era confuso y, a la vez, tranquilo, hasta que al final se deshizo en el sueño». Lo que interesa a Mary Shelley, a diferencia de Borges, no es abarcar la inmensidad como tal, sino dejarse atravesar por la fuerza de la naturaleza. El asombro cautivador de lo sublime, comprendido como algo admirable a pesar del espanto que nos produce. En la autopercepción humilde del ser dominado por la naturaleza, se manifiesta una conciencia de la finita infinitud del mismo. Grandeza e insignificancia a la vez, *Mathilda* eleva al arquetipo de héroe a la mujer que anhela la muerte como única vía de salvación.



## CAPÍTULO I

Apenas son las cuatro de la tarde, pero es invierno y el sol ya se puso. No hay rayos oblicuos que atraviesen las nubes del ocaso. Un aire rosado emana de la nieve cernida sobre la superficie. Vivo en una casa apartada en un extenso páramo rodeado de montañas. Ningún eco de vida puede alcanzarme. La llanura blanca se extiende salpicada de manchas oscuras que el sol dejó al derretir la nieve acumulada en la tierra yerma. Los pájaros picotean el hielo que cubre la laguna. La helada no termina.

Me encuentro en un extraño estado de conciencia. Estoy sola, completamente sola. La desgracia se propagó dentro de mí y me dejó marchita. Sé que estoy a punto de morir, pero me siento dichosa, feliz. Tengo pulso. Late rápido. Paso la mano por mis mejillas; arden. Un espíritu revolotea dentro de mí con los últimos destellos. Así comienza a escribirse la historia de mi tragedia, con la certeza de que no volveré a ver la nieve del próximo invierno, ni a sentir el calor revitalizante del verano. A veces pienso que lo mejor sería llevarme conmigo esta historia a la tumba, pero un impulso inexplicable me conduce hacia adelante y estoy demasiado débil —de cuerpo y de cabeza— para resistirme. Mientras la sangre latía dentro de mí, sabía que un horror del más allá me impedía revelar mi verdad, pero ahora, a punto de morir, profano sus místicas

amenazas. Es como el bosque de las Euménides donde solo los moribundos pueden entrar. Y Edipo está a punto de morir.

¡Pero qué estoy diciendo! Debo apaciguar mis pensamientos. No creo que nadie vaya a interesarse realmente en leer estas páginas, excepto usted, mi querido amigo, que las recibirá a mi muerte. Pero no las dedicaré a su nombre; prefiero disfrutar la idea de que me confieso ante una audiencia. Por lo tanto, escribiré como si me dirigiera a extraños. A menudo, usted me preguntaba la razón de mi aislamiento, de las lágrimas y, sobre todo, del silencio, impenetrable y cruel. Si en la vida no me atreví, en la muerte descubro el misterio. Algunos avanzarán estas páginas a la ligera, pero usted, Woodville, mi amigo fiel, hará de ellas un tesoro entrañable: las preciosas memorias de una joven con el corazón roto que, en su lecho de muerte, le agradece cada lágrima que derramarán sus ojos sobre las palabras que registran mi desgracia. Sé que lo harán y, mientras siga viva, agradeceré su lealtad.

Pero basta de preámbulos. Comenzaré esta historia. Es mi última tarea y espero tener la fuerza suficiente para cumplirla. No registro antecedentes penales. Mis errores pueden expiarse fácilmente porque no hubo mala intención sino falta de juicio, y creo que pocos podrían, con un obrar distinto y una inteligencia superior, haber evitado la desgracia de la que fui víctima. Mi destino ha sido gobernado por la falta, por una carencia espantosa. Se requerían manos más fuertes que las mías —más fuertes que cualquier fuerza humana— para romper la gruesa cadena de adamantina que me ataba. Después de haber respirado solo dicha, de embriagarme con el amor más puro y bondadoso, pasé a la miseria solo para terminar —y ahora está terminando— en la muerte. ¡Ah!, pero me olvido: mi historia aún no se ha contado. Me detendré unos momentos, me secaré los ojos y procuraré dejar de lado el presente para hurgar en los siniestros recovecos del ayer.

Nací en Inglaterra. Mi padre era un hombre de rango cuyo padre había perdido a una edad temprana. Fue educado por una madre débil con toda la indulgencia que ella creía propia de la nobleza. Lo envió a Eton y, luego, a la universidad, permitiéndole desde niño el uso irrestricto de grandes fortunas. Así gozaría, desde su más tierna juventud, de la independencia que un niño privilegiado adquiere en una escuela pública.

Las pasiones siempre encuentran un suelo que las abone, un medio propicio para echar raíces y brotar, como flores o como mala hierba, según la naturaleza que tengan. Hizo siempre lo que quiso. Así su carácter a temprana edad se volvió fuerte y definido. Exhibió un jardín tan diverso que a simple vista se podía discriminar las semillas de las virtudes, de las semillas de las desgracias. Su descuidada extravagancia —que le hacía dilapidar inmensas sumas de dinero para satisfacer caprichos que dignificaba con el nombre de «pasiones»—, con frecuencia pasaba por generosidad sin límites. Y aún mientras se ocupaba seriamente de las necesidades de los demás, sus propios deseos eran satisfechos al máximo. Regalaba dinero, pero sin sacrificarse con esas donaciones; regalaba tiempo —que no valoraba—, y afectos, que de alguna manera se alegraban de salir volando.

Ignoro lo que hubiera sucedido si sus deseos hubiesen entrado en pugna con los deseos de otros, si hubiese reaccionado con algún egoísmo desmedido, pero, en todo caso, nunca se hizo la prueba. Fue criado en la prosperidad y provisto por cada uno de sus privilegios; todos lo amaban y deseaban complacerlo. Siempre estaba ocupado en satisfacer los placeres de sus compañeros, pero sus placeres eran suyos; y si prestaba atención a los sentimientos de los otros más que el resto de sus pares era porque su temperamento complaciente no le permitía disfrutar si alguna cabeza no estaba tan libre de preocupaciones como la suya.

Mientras asistió a la escuela, sus habilidades naturales le confirieron un rango conspicuo en las relaciones con sus pares. En la universidad descartaba los libros; creía que tenía otras lecciones que aprender en lugar de las que podían enseñarle. Se preparaba para entrar al mundo, era todavía demasiado joven como para atarse al estudio, como un grillete de colegial, sin ninguna otra preocupación que mantener a raya los peligros de la desobediencia, siempre desconectados de la vida real, cuya sabiduría es montar a caballo o jugar, cosas que le despertaban un interés mucho más profundo. De manera que muy pronto se vio envuelto en las locuras de la universidad, aunque su corazón estuviera demasiado bien moldeado como para ser contaminado por otros (podía ser superficial, pero jamás frío). Era un amigo sincero y comprensivo, mas no se había encontrado con nadie que, superior o igual a él, pudiera desafiar su intelecto, o incitarlo a la búsqueda de nuevas corrientes de pensamiento que pusieran a prueba sus premisas. Comparado con los demás, se sentía superior en inteligencia. Sus talentos, estatus y riquezas lo convertían en el líder del grupo, y en esa posición descansaba no solo contento sino glorioso, convencido que era la única ambición digna de apuntar.

Por una extraña estrechez de pensamiento, no tomaba en cuenta el mundo más allá de lo que podía afectarle a su pequeño círculo. Si su núcleo cercano rechazaba alguna opinión, de inmediato la juzgaba extraña y pasada de moda, y si a veces se mostraba dogmático, temía no coincidir con los sentimientos socialmente aceptables por considerarlos ortodoxos. A los ojos de todos, se mostraba indiferente a la censura y con gran desdén dejaba de lado cualquier atadura propia de los prejuicios de la época; pero al tiempo que avanzaba con paso triunfal por encima del resto del mundo, se encogía de miedo con una humildad que disfrazaba ante su propia hermandad. A pesar de ser el líder indiscutido,

nunca se atrevió a expresar una opinión o sentimiento sin estar seguro de contar con la aprobación de sus compañeros.

Pero escondía algo, un secreto que había incubado desde sus primeros años y que no confiaría ni a la discreción ni a la simpatía de ninguno de sus compañeros, por mucho que los quisiera. Estaba enamorado. Le horrorizaba que la intensidad de su pasión pudiera ser motivo de burla; no hubiera sido capaz de soportar que lo blasfemarán por considerar trivial y pasajero lo que para él representaba la esencia de la vida.

Cerca de la mansión de su familia, vivía un señor de escasa fortuna que tenía tres hijas encantadoras. La mayor era, por lejos, la más hermosa. Pero su belleza era solo un detalle en comparación con otras cualidades: su discernimiento era claro y fuerte, y su disposición angelicalmente amable. Mi padre y ella habían sido compañeros de juegos desde la infancia. Diana, incluso siendo muy pequeña, se había convertido en la favorita de la madre de él; predilección que fue creciendo a lo largo de los años, a la par de la belleza y la vivacidad de la chica, y extendiéndose a sus vacaciones escolares y universitarias en las que permanecían siempre juntos. Las novelas y los diversos métodos por los cuales los jóvenes decentes se informan con respecto a las pasiones —antes de sentir las por primera vez— habían producido un fuerte efecto en él, que era particularmente susceptible a cualquier impresión. A los once, Diana era su compañera de juegos favorita. A pesar de que era casi dos años mayor que él, la naturaleza de su educación la hacía más infantil en cuanto al conocimiento y a la expresión de los sentimientos. Cuando él le hablaba de amor, ella replicaba sus cuestionamientos con inocencia, y le respondía sin saber realmente lo que significaban. No había leído novelas y se relacionaba únicamente con sus hermanas menores, ¿qué podría saber ella de la diferencia entre el amor y la amistad? Pero cuando comprendió, al desarrollarse, la verdadera

naturaleza de las relaciones, sus afectos estaban comprometidos con su amigo, y lo único que le atemorizaba era que otras atracciones o la volubilidad adolescente lo llevaran a romper sus votos infantiles.

Cada día se volvían más cercanos. La pasión que crecía en su interior embargaba sus facultades y afectos, se hacía inagotable; imposible de apagar excepto con su vida. Nadie conocía el amor que los unía, excepto esos dos corazones. A pesar del temor a la censura de sus compañeros y del resto de la gente por haberse enamorado de alguien de inferior categoría, nada pudo, ni por un momento, alejarlo de su propósito de unirse a ella tan pronto como reuniera el coraje para enfrentar las adversidades que estaba decidido a superar. Diana era completamente digna de su más profundo afecto. Pocos podrían jactarse de tener un corazón tan puro y un alma verdaderamente humilde. Representaba la unión entre integridad y confianza. Desde que nació, llevaba una vida tranquila. Había perdido a su madre siendo pequeña, y su padre había tenido que asumir la responsabilidad de la educación de sus hijas, forjando un sistema de enseñanza lleno de ideas peculiares para la época. Conocía bien a los héroes de Grecia, Roma y algunos próceres de Inglaterra que habían vivido cientos de años atrás, pero se encontraba ajena a los acontecimientos del día. Lo más reciente que había leído eran unos pocos autores de medio siglo atrás, pero, exceptuando ese detalle, sus lecturas eran muy extensas. A pesar de que parecía estar menos preparada para la vida y la sociedad que él, su conocimiento era de un tipo más profundo. De manera que, si su belleza y dulzura no le hubiesen bastado, su intelecto lo habría cautivado de todos modos. La consideraba su guía, y su adoración era tal que se deleitaba con el sentimiento de inferioridad que a veces ella le inspiraba.

Cuando tenía diecinueve años la madre de él murió. Decidió alejarse de la universidad y de sus viejos amigos, y retirarse por un tiempo a las tierras de su amada Diana, en busca de cuidados y el

consuelo de su voz. Esta separación de sus compañeros le dio coraje para fortalecer su independencia. Por mucho que se burlaran de su futuro matrimonio, llegado el momento, no se atreverían a enrostrárselo. De modo que, habiendo logrado el consentimiento de su apoderado (que obtuvo de mala gana), y del padre de su amada (que se lo dio sin oposición), y en ausencia de personas que desconfiaran de sus intenciones, cuando cumplió los veinte se había convertido en el esposo de Diana.

La amaba con pasión. La ternura que ella le prodigaba ejercía tal encanto en él que no le permitía pensar en otras cosas. Invitó a su círculo cercano de la universidad, pero la frivolidad de ellos terminó por fastidiarlo. Diana había rasgado el velo en que él se envolvía durante su niñez. Ahora era un hombre. Se sorprendía al recordar cómo había sido capaz de apoyar algunas ideas y palabras mezquinas de sus compañeros, cómo pudo temer a la censura de semejantes personas. Esas viejas amistades eran, además de superficiales, ciertamente indignas de él. Finalmente, se apartó de ellas. Diana le colmaba el corazón. Sentía que, tras la unión, había renacido en él un alma más pura. Era su maestra en el aprendizaje del verdadero sentido de la vida. Poco a poco comenzó a abandonar sus antiguas aficiones. El ejemplo de Diana promovía en él otros valores. Llegó a convertirse en un distinguido miembro de la sociedad, un patriota, y un amante ilustrado de la verdad y de la virtud. La amaba por su belleza y por su carácter amable, pero más la amaba por lo que él consideraba una sabiduría superior. Estudiaban juntos, cabalgaban juntos; eran inseparables y rara vez admitían a un tercero en su sociedad.

Así mi padre, criado en la abundancia y la prosperidad, trepaba hasta el pináculo más alto de la felicidad, ajeno a las dificultades y desavenencias que todos los seres humanos están destinados a padecer. Las nubes a su alrededor, atravesadas por el sol que

enceguece la vista, ocultaban la verdad estéril que yacía debajo de sus pies. Pero ahora no puede verlo. Se felicita a sí mismo por tanta dicha. Enceguecido, sobreviene la desgracia. Quince meses después de su boda, nació yo y mi madre murió a los pocos días.

Se mudó con nosotros una hermana de él que llegó para acompañarlo. Hija de un anterior matrimonio de su padre, era casi quince años mayor y vivía con su familia materna. Rara vez se habían visto. Eran los polos opuestos en cuestiones de carácter. Por esta tía, a quien fui posteriormente entregada para mi cuidado, supe cómo la tragedia repercutió en mi padre, inexorable y susceptible. Vivía ensimismado, no le prestaba atención a nadie; se encontraba enterrado en la más profunda melancolía. A menudo, sus ojos derramaban lágrimas, y así, podía pasar el tiempo, preso de una tristeza aterradora. Las cosas que sucedían a su alrededor carecerían de sentido. Tenía que pasar algo demasiado extraordinario como para sacarlo de su desesperación inmóvil y muda. Nunca reparó en mí. Parecía ajeno a la presencia de cualquier persona. Para probarlo y despertar la sensibilidad en él, mi tía me llevaba a la habitación, pero él salía inmediatamente, furioso y enajenado. Al cabo de un mes, abandonó repentinamente la casa. Sin anuncio previo ni ayuda de sirvientes se marchó. No dijo, ni por escrito, el propósito de su partida. Mi tía, desconsolada, recién pudo tranquilizarse cuando recibió una carta de él con el sello de Hamburgo.

Cuántas veces lloré sobre esa carta, la única reliquia que conservé de mi padre hasta los dieciséis: «Perdóname por el tormento que inevitablemente te he causado, pero permanecer en esa isla aciaga, donde todo huele al espíritu que perdí, era dejarme consumir por la maldición. Pero ahora se ha roto. Es preciso que me aleje de Inglaterra, quizás por años, quizás para siempre. Sin embargo, para convencerte de que mi egoísmo no me enceguece del

todo, permaneceré en esta ciudad hasta que resuelva, por medio de cartas, cada uno de los arreglos que tú consideres necesarios. Cuando deje este lugar no esperes volver a recibir noticias mías. Debo romper los lazos que me atan al presente. Me convertiré en un vagabundo, un miserable marginado, ¡solo! ¡Solo!».

En otra parte de la carta me mencionaba:

«En cuanto a esa pequeña desdichada a la que no podía ver, y apenas me atrevo a mencionar, la dejo bajo tu protección. Cuídala y acaríciala. Algún día podría reclamarla de tus manos, pero el futuro es oscuro, hazle feliz el presente».

Mi padre permaneció tres meses en Hamburgo. Cuando se marchó, se cambió de nombre, de modo que mi tía nunca más pudo encontrarlo. Por algunos indicios, pensamos que habría seguido su camino a Alemania, y después a Hungría rumbo a Turquía.

Así pues, ese espíritu imponente que había despertado el interés y la admiración de quienes lo conocían, se extinguió de inmediato. A partir de entonces, vivió solo para sí mismo. Sus amigos pensaban en él como una visión luminosa que nunca más regresaría. El recuerdo de lo que había sido se desvaneció con el paso de los años. Aquel que en otra época había sido parte de ellos mismos y de sus esperanzas, ahora ya no se contaba entre los vivos.